

Julio Torres y Los Alegres Vallenatos

A comienzos de diciembre de 1950, el diario El Espectador publicó una noticia a dos columnas en la que se anunciaba el “próximo viaje a México” del joven compositor Julio Torres y su hermano Carlos, quienes formaban parte de una delegación folclórica llamada “los hoteleros colombianos”, organizada a instancias de la artista colombiana Alicia Caro. La idea, según dijeron al diario, era quedarse unos seis meses en el país azteca, “dar a conocer nuestros aires folclóricos y participar seguramente en una película” con Agustín Magaldi, el legendario cantante argentino.



Para entonces, el “benjamín de los compositores colombianos”, como definían a Julio, se había convertido en el artista revelación en Bogotá e inclusive en México y Venezuela. Su música se escuchaba en las emisoras, en la Voz de la Victor, en Nuevo Mundo, en la Nueva Granada y sus discos se vendían “como pan caliente”. Había nacido el 27 de marzo de 1929 en la familia conformada por Julio Torres Parra y Rosa María Mayorga. Su padre fue pianista y pariente de la famosa actriz y cantante bogotana Sofía Álvarez, quien emigró a México en 1928 y luego actuó

en la primera película sonora mexicana, *Santa*, de 1930, y protagonizó filmes como *Ahí está el detalle*, de Cantinflas, y otros títulos junto a Pedro Infante. Ambos recorrieron casi toda Colombia con la compañía artística “La petit trianon”, a comienzos de los veinte.

La Bogotá de entonces era una ciudad pequeña, pacata y casi conventual, que se abría tímidamente a la modernidad y pretendía ser tan cosmopolita como Buenos Aires y ciudad de México. Tras el asesinato de Gaitán, y quizás para exorcisar tantas desdichas y tragedias, los cachacos se entregaron con frenesí a bailar el porro y la cumbia en el Club Metropolitano, ubicado en los sótanos de la avenida Jiménez, o en el elegante salón de baile del Hotel Granada, frente al parque Santander, interpretados por las orquestas de Lucho Bermúdez y Alex Tovar. En una urbe de pasillos y torbellinos, de literatos y poetas, en las emisoras se trillaban una y otra vez los “vallenatos” en guitarra de Guillermo Buitrago. Tal fue el escenario artístico musical, por decirlo de alguna manera, en que creció la generación de finales de los cuarenta. Y claro, entre ellos estaba Julio Torres.

